

Abordajes socioterapéuticos y configuraciones sociales del cuidado

Entrevista a Angélica Lizzet Badillo Ramírez

[300]

Tenemos el honor de conversar con Angélica Lizzet Badillo Ramírez (AL), una destacada trabajadora social, artista e ilustradora. Angélica cuenta con una formación sólida en trabajo social por la Universidad Industrial de Santander y una maestría en estudios culturales por la Universidad de los Andes. Su trayectoria profesional abarca una diversidad de experiencias en el ámbito comunitario y de participación social, destacándose por su compromiso con las causas LGBTI y de mujeres. Es un placer tenerla aquí para que nos comparta sus vivencias, influencias y perspectivas sobre su formación y práctica profesional.

Delma Constanza (DC): En esta primera parte nos gustaría conocerte. Cuéntanos quién eres, quién es Angélica, cómo iniciaste, por qué estudiaste trabajo social, cuál es el origen de tu formación. ¿Estudiaste en la UIS? Eso también te da una particularidad, ¿no? Se trata de una universidad pública de Santander, y hay una particularidad del momento en el que ingresaste a estudiar, de ese contexto histórico de la formación que lo marca a uno. Entonces, nos gustaría que nos cuentes cómo fue ese momento, esos temas contextuales que influyeron en tu formación y que además se tensionaron entre sí, porque suceden ambas cosas. Y cómo esa generación los marcó a ti y a tus colegas.

Angélica Lizzet (AL): Mi nombre es Angélica Lizzet Badillo Ramírez. Me gusta que me nombren con los dos apellidos, tanto el de papá como el de mamá, porque creo que es muy significativo en este país, donde las voces de las mujeres en algunos momentos no son visibilizadas. Soy santandereana y vivo hace 15 años en Bogotá. Vine la primera vez invitada por Elizabeth Castillo, quien me llamó para ser la trabajadora social del Centro Comunitario LGBTI cuando el proyecto apenas estaba iniciando. Para aquella época no había muchos trabajadores sociales que

conocieran y trabajarán con personas con identidades diversas y mi experiencia y compromiso en el Grupo de Estudios de Género UIS, con todas las acciones que realizamos, me daba conocimiento. Estudié en la Universidad Industrial de Santander, y considero que soy una mujer con gran inquietud por aprender. Creo que el trabajo se potencia en lo colectivo; por eso desde siempre he estado involucrada en estas experiencias. Como mencioné antes, soy trabajadora social de Santander y venir de allí tiene unos matices bien interesantes, ser una migrante aquí en Bogotá, pero también reconocer que hay migraciones internas y cosas que sufrimos cuando venimos a vivir a Bogotá, porque los cambios sí son bastantes. También cursé una maestría en estudios culturales en Los Andes. Soy artista e ilustradora por convicción y por vocación. Creo en el poder del arte como una acción disruptiva, creativa y de movilización para la transformación humana y social.

[301]

¿Por qué estudié trabajo social? Primero, por mi sentido comunitario y de participación social desde mi juventud, que hizo que me cuestionara un poco cómo estaba viviendo la sociedad y por las posibilidades de vida que tuve en alguna época. Era una mujer popular, de comuna, con una abuela lideresa: la señora Elvia María Ramírez Macías. La trayectoria de mi abuela fue muy significativa. Desde muy pequeña, aproximadamente desde los 6 años, participé en temas comunitarios. Mi abuela era la lideresa del grupo de mujeres marianas quienes rezaban el rosario en la iglesia del barrio Villa Rosa, así que crecí en ese entorno católico y de esa forma me empecé a involucrar en ese mundo. Le agradezco a mi abuela, porque gracias a ella cuento con ese interés por ayudar a las personas, a la sociedad y mi deseo de trabajar en un campo que busque el cambio social y la justicia.

Durante estas experiencias conocí a trabajadoras sociales maravillosas, y conocer a otras colegas antes de estudiar la carrera realmente fue muy valioso y significativo. Como lideresa de clubes juveniles, conocí a la Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ). En esa época trabajaba en la prevención de sustancias psicoactivas con jóvenes, el manejo del tiempo libre, talleres, sensibilizaciones y temas similares. A través de ese proceso inició todo mi recorrido. También cuento con la fortuna de no haber nacido sola, pues tengo a mi hermana gemela, Laura Inés

Badilla Ramírez, ¡maravillosa!, que por cierto también trabaja en estos temas, relacionados con la justicia transicional. Nuestra vida está muy ligada a estos temas de género, paz, movimientos de mujeres, derechos humanos y diversidad.

[302]

DC: ¿Qué trabajadoras representativas previas a tu ingreso al mundo de la academia recuerdas con más fuerza?

AL: Por aquella época, a mis 18, conocí a Mercedes Castillo, que en ese tiempo era la directora de la ACJ. Incluso recuerdo que fui voluntaria durante tres años y voluntaria del año. Una buena parte de la carrera y del ejercicio como trabajadora social se me facilitó gracias a estas experiencias y al hecho de que ya estaba familiarizada con las dinámicas de estos escenarios: entrenamiento en familia, trabajo con madres comunitarias, etc. De alguna manera tuve un entrenamiento previo que me facilitó estudiar trabajo social y que permitió que todo fuera muy fluido.

DC: En la formación del trabajo social, la formación universitaria va más allá de la propia profesión. En las universidades públicas hay una particularidad que es distinta de la experiencia vital de otras universidades. Tú lo has planteado muy bien con esas apuestas vitales y políticas que promueven transformaciones sociales. ¿Cómo viviste la experiencia de la formación del trabajo social, si ya venías como una especie de activista y además contabas con el conocimiento técnico previo a la formación?, ¿qué transformó y qué tensionó? Porque ambas cosas suceden cuando uno ingresa a la universidad y cuenta con una trayectoria previa. ¿Podrías hablarnos de forma específica de la escuela de trabajo social en la UIS?

AL: La escuela de trabajo social de mi generación estaba conformada por personas muy estudiosas, tanto hombres como mujeres. Contábamos con más mujeres que hombres, y eso para la época también era innovador, porque hoy en día es muy natural ver a hombres estudiando carreras que normalmente hemos visto feminizadas. La mayoría eran muy juiciosos y comprometidos. Además, había diálogos y tensiones

que tenían lugar allí, con el lenguaje inclusivo, la participación de las mujeres, porque no todo es bello en la universidad. Era curioso que los profesores de planta, cátedra e invitados, con sus múltiples perspectivas, dieran como resultado una combinación muy interesante. Realmente a ellos les agradezco parte de mi vocación y quehacer y esa impronta y cuestionamientos que plasmaron en mí, cómo calaron en mi subjetividad y cómo marcaron mis experiencias.

[303]

Creo que dentro de mi generación todos estábamos en diferentes participaciones y grupos, porque en ese momento debías ser un trabajador social que participaba de forma activa en algo. Eso te daba un matiz: el hecho de nutrirte de multitud de corrientes políticas. Por ejemplo, yo era pacifista, pero tenía compañeras que formaban parte de la Juventud Comunista, otros formaban parte de la revista de *Trabajo Social* de la UIS. Lo que ofrece la universidad pública es la posibilidad de entender esos matices y esa diversidad, entender que existen diferentes posicionamientos y construcciones políticas, desde el color de la piel, las formas, los matices del lenguaje. Eso te ofrece una riqueza cultural. También eran muy críticos y reflexivos en los espacios políticos en los que se posicionaban. Antes éramos líderes y lideresas estudiantiles y no activistas; ese término aún no existía.

También contábamos con un sentido de la esperanza y el cambio, y la convicción de que nosotros lo podíamos hacer. De alguna manera, trabajo social era un sentido a veces muy romántico, con su parte racional y analítica, por supuesto, porque hoy en día uno ve las cosas más analíticas y críticas. Los cambios sí son posibles, pero a veces no [se logra] todo lo que uno se imagina, desea o quiere. En la UIS participé en el Grupo de Estudios de Género y Sexualidad y participábamos personas con identidades y orientaciones diversas; nos llamaban azulitos y rosaditos. Recuerdo que en aquella época debíamos ser cuidadosos al salir, porque una mujer bisexual, lesbiana o una persona gay no era bien visto por la sociedad, y la discriminación era palpable.

DC: ¿Cómo percibes esa formación que tuviste en la región y el hecho de llegar a Bogotá como trabajadora social? Allí existen unas particularidades en las trayectorias, y vienes

a Bogotá y te encuentras con otros trabajadores sociales. Entonces, ¿cómo ves esa incidencia de haberte formado en una universidad de Santander y haber llegado a otro contexto distinto, pero ya en términos específicos del quehacer profesional?

[304]

AL: Bueno, tuve la fortuna de trabajar en oenegés y en procesos sociales, lo que me dio más posibilidades. Mis primeras prácticas fueron en la Fundación Mujer y Futuro, y mi primera práctica tuvo lugar en mi barrio. Allí creamos una red de mujeres para la prevención de la violencia intrafamiliar, que hoy día existe, obviamente con sus implicaciones, la influencia de la iglesia, los esposos de las mujeres que las golpeaban. En Puerto Wilches, en Santander, en plena época del paramilitarismo y las FARC, yo era la única trabajadora social disponible allí. Mi tesis la hice en redes de prevención de la violencia intrafamiliar y violencia de pareja. Primero armé una red local en mi barrio y posteriormente una red que fue un trabajo que hicimos con ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] y la Fundación Mujer y Futuro. Allí hicimos varias cosas. Recuerdo trabajar con los policías, la personería, la comisaría de familia, entrenar a los policías en cómo hacer los protocolos de atención en temas de violencia contra la pareja. En aquel entonces no existía la ficha de identificación y vigilancia de violencias, entonces esos cambios políticos e históricos me permitieron reconocer y trabajar esos temas. Recuerdo que en aquella época sacamos una cartilla de género y con las mujeres elaboramos murales.

Desarrollar estas prácticas te brinda otros puntos de vista. Además, siento que un punto clave de una buena parte de las prácticas y del trabajo social era la autonomía. ¡Vaya al monte, vaya haga, vaya transforme y vaya hable con quienes tenga que hablar para que suceda! En el municipio de Puerto Wilches, me daba cuenta de que en ese barrio las cosas no funcionaban, pero detrás de todo eso se encontraba un líder paramilitar que les prohibía a las mujeres reunirse; entonces en ese momento esos eran los conflictos armados de la región. Recuerdo una ocasión en la que andaba en moto con una profesora y vimos a unos hombres con camuflados. Luego de un tiempo nos enteramos de que en ese lugar había ocurrido una toma. Esas experiencias te permiten ver los efectos

del conflicto armado. Encontrarse a una mujer golpeada y llevarla a un hospital de urgencias para mí es muy impactante.

Mis primeras experiencias estuvieron ligadas al movimiento de mujeres, al Grupo de Estudios de Género UIS y a la Ruta Pacífica de las Mujeres, en la que también me incorporé, desde el 2001. Estos temas siempre han estado dentro del trabajo individual, comunitario y grupal. Te dan la clase en trabajo social de grupo, caso y comunidad, pero resulta que la vida real supera esas fronteras. En un grupo en el que trabajas puede que a una señora le tengas que hacer intervención en crisis. Las divisiones que nos enseñan en caso, grupo y comunidad se articulan cuando te enfrentas a la vida laboral o comunitaria. Al empezar a ser una trabajadora social, esas áreas se unen y se mezclan. Por eso es necesario saber de esas tres áreas. Además, contamos con diferentes metodologías de diagnóstico desde lo comunitario que impactan a las personas y que pueden ayudar a resonar y a desarrollar acciones colectivas, que inciden en la construcción de políticas públicas y redes de apoyo para mujeres.

[305]

Por otra parte, en Bogotá, tuvo lugar mi primer trabajo formal como trabajadora social. Me contrataba Profamilia, Teatrón y Colombia Diversa como trabajadora social de medio tiempo, y nosotros éramos las primeras personas que recibían. Entonces armábamos grupos que abordaban temáticas como los pasos para salir del clóset o grupos de jóvenes, familiares LGBT, personas trans. Fue muy bonito hacer esos tránsitos, también con los participantes, y ver cómo esos grupos fueron creciendo y fortaleciéndose en Bogotá. En estos espacios, una también puede implementar metodologías que se salen de lo tradicional e incorporarlas en estos ejercicios de tránsito, que pueden tener impactos interesantes.

DC: Esa rica experiencia –parte de lo que estudiamos en la academia– recoge mucho de lo que hemos hecho. Entonces nos hablas en términos de artículos y producciones en trabajo social que nos pueden ilustrar al respecto. Porque ya has hablado del arte un poco, de cómo vas incluyendo el arte, pero... ¿cómo es que aparece esa articulación?

AL: Existen varios enfoques del trabajo social que son maravillosos y que me han nutrido en mi práctica profesional. Primero, se deben re-

[306]

conocer las subjetividades de las personas y que esas experiencias construyen a la persona de manera individual y colectiva, y esas experiencias se dan en espacios localizados, con prácticas localizadas que nos permiten reflexionar y tener un contexto. En esta profesión es muy importante tener en cuenta al sujeto como tal, pero no desde afuera, sino con ellos, es decir, cómo han construido su subjetividad. Otra cosa que para mí ha sido clave es la teoría de los sistemas: por qué nos relacionamos, por qué tenemos redes, por qué entendemos esas interacciones y la complejidad que existe entre familias, individuos y comunidades. Es muy importante [ver] cómo los trabajadores sociales agenciamos y hacemos visible eso que parece invisible. Creo entonces que las teorías y las redes de los sistemas son muy importantes.

También [es clave] la teoría del empoderamiento, hoy día denominada poder personal; aunque es muy criticada, me parece muy importante lo que se replantea con las teorías del empoderamiento sobre las grupos, familias y comunidades; yo he aprendido mucho de esta teoría. El enfoque de derechos humanos es fundamental. Sin duda, tenemos que conocerlo, saber sobre derechos, porque si eres un funcionario público es muy importante que cumplas los derechos desde el lugar donde te encuentres. Conocer los derechos fundamentales y políticos permite entender al otro u otra, y creo que eso a veces se pasa por alto en trabajo social.

En mi trabajo existen tres enfoques que están muy unidos con lo que plantea Bárbara Zapata: el enfoque apreciativo, es decir, uno tiene que apreciar su propia historia, porque a la propia historia de uno hay que darle poder y valor; el enfoque narrativo, es decir, todas las historias merecen ser contadas, nosotros podemos hacer visible lo invisible con esas narraciones de poder; y, finalmente, el enfoque de fortalecimiento, es decir, no se debe trabajar desde lo que uno no tiene, sino desde donde soy potente, desde lo que tengo. Entonces eso es darle la vuelta al “no poder” y convertirlo en “tener poder”, y creo que existen otras posibilidades, además de instalarse en el “no tenemos para esto o aquello”, con “tengo y puedo hacer esto”. Aunque no tengo dinero, cuento con este conocimiento que puedo ofrecer, o tengo esto que poner aquí, mi

palabra, experiencia y conocimiento, y creo que eso nos hace potentes dentro de esos enfoques.

De los artículos y libros que he producido, el último que escribimos fue “Feminismos cotidianos: una apuesta colectiva” [en *Feminismos andantes* (pp. 51-79), Fundación Heinrich Boll Stiftung]. Creo que ustedes le dieron una miradita y esa fue una selección que hicimos con una colectiva feminista de la que hago parte: Diosas que Sanan, en la que se incluyen a trabajadoras sociales, psicólogas, filosofas y comunicadoras, entre otras profesiones, que nos dedicamos a los temas de autocuidado. Primero lo desarrollamos para nosotras, porque cuando estuve trabajando en la casa refugio LGTBI escuché más de 130 historias de dolor, lo cual te hace mella. En el marco del conflicto armado y de víctimas, eso te desgasta demasiado. Aunque digan que no va a ser así, te toca y duele, porque el dolor es compartido, y necesitas comprometerte con el dolor del otro o de la otra para lograr esos actos de transformación. Entonces allí hablamos de los feminismos cotidianos y de eso que veníamos trabajando. Ahora mismo me encuentro trabajando con mujeres adultas y mayores, y eso me da una perspectiva en el tiempo, una perspectiva intergeneracional, al saber que todos nos encontramos envejeciendo. ¿Cuáles son mis acumulados y experiencias?, ¿qué tengo que dar y aprender? Eso nos posiciona en otro momento de la vida.

[307]

En la Ruta Pacífica hicimos un texto con una colega: Rosana Jerez, y mujeres mayores de la Ruta y plasmamos todo en un libro chiquito, pero muy significativo, llamado *Insistir, persistir y resistir. Prácticas y manifestaciones de las mujeres mayores de la Ruta Pacífica en los plantones de mujeres de negro en Bogotá, 2017-2019* [Alcaldía de Bogotá, 2019]. Primero estudiamos las historias de vida de ellas, tratando esos enfoques narrativos y apreciando esas historias de ellas, contando diez historias de vida de diferentes mujeres, pero también hablando de los plantones, qué hacían. Lo anterior va ligado a mi activismo político y al trabajo social. Es difícil desprenderse del trabajo social cuando llevas primero estudiando y luego haciéndolo posible para ti y para otros. Incluso gracias a ese proyecto nos ganamos una beca de investigación de 20 millones, que ayudó a visibilizar los deseos de un mundo sin guerras, sin violencias y con otras salidas negociadas. Yesid, un compañero

[308]

de la Universidad Nacional, fue quien se encargó de la puesta fotográfica, y ya de esa investigación que realizamos son dos los integrantes de ese equipo que ya no se encuentran con nosotros. Entonces yo creo que esas apuestas de escritura e investigación desde la acción se constituyen como una suerte de reivindicación política de la calle, no desde lo institucional, sino una memoria efímera, que se construye con el cartel, la arenga y el silencio.

También se elaboró un artículo para la revista de la UIS que se llamó “La memoria puesta en escena con la Ruta Pacífica de las mujeres”. Mis prácticas investigativas están ligadas a lo que hago, y esto forma parte de mis trayectorias políticas, experiencias y conocimientos desde la acción, de ese conocimiento situado. Uno llega a estos temas porque existen unos intereses intrínsecos. En Bogotá también trabajé en la corporación Día de la Niñez en proyectos especiales, y allí ayudé a realizar la campaña del Día de la Niñez en el 2011, además de la campaña “Síguelo el juego a los niños y las niñas”, trabajando con los secretarios de la educación y las primeras damas. Antes no había políticas públicas y esto dependía de la voluntad del quien llegara, y así se coordinaban los proyectos especiales.

Posteriormente, continué trabajando con comunidades rurales, y de lo grande pasé a lo local, desarrollando proyectos para mejorar los indicadores de bienestar, como son la vacunación para la niñez rural en el municipio de San Luis, cerca de Neiva. Empezar a hablar con las comunidades y los líderes para elaborar los censos y así subir los indicadores. También desarrollamos un centro de lectura Gabriel García Márquez en una escuela rural, porque no lo conocían y eso me parecía imposible. Entonces hay muchas anécdotas de cómo lo político lleva a muchos lugares, y digo ¡qué interesante es ser trabajador social!, porque te lleva a diversos lugares, y como la carrera es transversal, eso te permite estar en múltiples escenarios. Recuerdo que abordamos temas urbanos, huertas comunitarias para los niños y las niñas, en fin. Creo que la vida me ha puesto en diferentes lugares para aprender, y mi historia es la de miles de trabajadores sociales que tienen anécdotas riquísimas que narrar, pero desafortunadamente no son escuchados en sus prácticas cotidianas, por eso es muy importante escuchar sus voces a

través de estos medios. Por eso rescato tanto la labor de la revista, que recupera y visibiliza estos escenarios y vivencias.

DC: Efectivamente se trata de una profesión que le permite a uno entender la vida en todo su esplendor y con toda su complejidad, porque uno se involucra con sus propios cuestionamientos, dentro de su propia vida y de sus apuestas personales, pero de forma compleja abordamos los problemas sociales de acuerdo con lo que esos problemas sociales nos están enunciando. Porque uno dice... ¡Bueno! estás en lo rural, en lo urbano, en género, en una multiplicidad de escenarios... y es que es una particularidad del trabajo social abordar los problemas sociales en el contexto, de acuerdo con lo que el contexto te va planteando.

[309]

Entonces para dar continuidad a la segunda parte, si quieres podemos hablar de lo artístico. Dentro de tu trabajo ¿en qué momento lo involucras y cuál es su origen? Además de los temas que incorporas en tus obras, como la memoria cotidiana, el género, las emociones, el cuerpo, entre otros, ¿qué aprendizajes logras rescatar de todas estas experiencias?

AL: Yo defino mis obras como evocaciones de lo que queremos las mujeres con nuestras luchas, sueños y cotidianidades. Mis obras están llenas de colores vibrantes conectados con los elementales, el aire, el fuego, el agua y la tierra. Este fue un descubrimiento de mi curadora de arte Paola Camargo. En el arte, los artistas pintamos lo que vemos y sentimos, y eso hace parte de mi obra, conectado con mis apuestas cotidianas. La cotidianidad es un tema relevante para los artistas, porque es importante hablar sobre la cotidianidad, como [pasa con los] actos políticos que movilizan y transforman la vida. Yo las pinto como mujeres coloridas, diversas, plenas y con derechos, porque realmente no me gusta pintar mujeres tristes. Y, la verdad, he visto tantas cosas dolorosas que me gusta apuntar a una iconografía diferente y diversa; niñas, mujeres mayores, afros, campesinas, es decir, esa diversidad de mujeres que me transitan y forman parte de lo que veo, siento y trabajo.

Todo esto se remonta incluso a la universidad, porque la marca de mis trabajos era que siempre contaban con muchas imágenes, y yo creo que

[310]

eso les alegraba un poquito la vida a las y los profesores. Entonces eso me ha permitido integrar esos conocimientos y situarme como trabajadora social y artista en esa práctica acción-reflexión-acción, en esos irs y venires. Y es que lo subjetivo me parece muy sugestivo, pues propone un marco interpretativo que va más allá de lo individual y colectivo.

Una de las obras que fue ganadora y que estuvo en el Museo de Arte Moderno en Bucaramanga en un concurso llamado el Arte de Ser Mujer, fue “Vuelos de libertad”, que trabaja la historia de desplazamiento de una mujer, y cómo ella llega y es rechazada a la nueva ciudad [a la] que llegan por la sociedad, y su esposo se vuelve un alcohólico. Ella va a la comisaría, a solicitar apoyo, ya que estaba siendo golpeada, y el gran final es que ella se separa y se va con su hijo. A mí me gusta mucho esa obra y, en realidad, pese a que es una obra dolorosa, porque no es linda, sin embargo, la hice muy colorida, incluso recuerdo que a los paramilitares los pinté como chulos, y eso tiene una connotación fuerte, una especie de aves de rapiña que te vienen a quitar todo, en este caso a ella. Entonces con esas imágenes también se habla y se construye.

Desde los 19 años me empecé a involucrar con la pintura, en una convocatoria con el maestro Óscar Salamanca; entonces quedé seleccionada y estudié seis meses con ese maestro, y, bueno, es un gran artista, y además he tenido la fortuna de contar con grandes profesores. Y es que yo no veo desligado del arte el trabajo social, porque siempre ha estado presente en mi vida.

Claro, yo quería estudiar trabajo social, porque en el imaginario colectivo era la persona que ayuda a los otros. El trabajador social en el colectivo está representado como una persona que ayuda a los demás. Entonces el arte siempre ha estado ahí diciéndome cosas, pintando cosas, y yo siempre lo he involucrado dentro de mis prácticas, es decir, no está desligado, y yo sí creo que es una gran herramienta, y una práctica muy interesante que te puede dar otra visión, porque a veces la gente no quiere hablar, entonces uno debe encontrar otros elementos con los que se conecten. Se trata de romper esas barreras y tensiones, y yo sí creo que hoy día los trabajadores sociales estamos llamados a involucrar esas pasiones y eso que nos gusta para ponerlo en acción, y es que de hecho enriquece nuestra carrera y nuestro perfil profesional.

Estudiar los movimientos sociales también ha sido un gran aprendizaje que, además, ha estado ligado a mi trabajo como activista, artista y de trabajadora social culturalista, es decir, todo en uno, y es que esas grandes transformaciones tienen que ver con los mundos subjetivos, tienen que ver con identificar las políticas de memoria, verdad, justicia y reparación. Cuando hablamos de esas memorias incorporadas son esas memorias que se tienen adentro, que solamente tú las tienes adentro, y las recuerdas. Pero si tú lo puedes recordar a través de lo gráfico y lo narrado, ya te da otro valor y permite además que esa memoria se manifieste, y eso es sanador, eso construye otro tipo de realidades y formas de entender las verdades, de entender los puntos de vista. Y también son otras formas de materializar, porque a veces el lenguaje no lo contiene todo, y eso es muy importante de entender. También es el hecho de comprender que el conocimiento no solo se encuentra en los libros, está en las personas y sus experiencias, y poder integrar todo eso te brinda la posibilidad de materializarlo a través de las políticas, de la exigencia de derechos, acciones públicas, exposiciones... en fin. Y por eso para los trabajadores sociales también es importante hacer esa arqueología del saber, pero con las personas.

[311]

Entonces, para mí el arte ha sido la posibilidad de poner a dialogar a las personas más allá del lenguaje, desde lo iconográfico, desde la representación, desde lo que se siente. Y es que hay pequeños retazos de imágenes de lo simbólico que son potentes. Por ejemplo, yo nunca hago un taller que no cuente con un elemento simbólico. Entonces yo sé que, [entre los actos de recordación,] la remembranza va a mantener vivo ese elemento simbólico con la metodología. E incluir ese componente lúdico también te permite hacer diferentes formas de intervención en lo individual y grupal, es decir, impactar de una manera distinta. Y es que ese tipo de conexiones las debemos hacer los trabajadores sociales para que el ejercicio y las interacciones no sean tediosas y aburridas.

DC: Escuchándote logramos entender lo impactante de tu trabajo y lo importante de la incorporación de ese componente artístico. Y es que paradójicamente dentro de la profesión existe una tensión, pues tenemos una mirada particular que

[312]

ve las intersecciones de las cosas, es decir, vemos lo individual, lo familiar, lo grupal, pero dentro del contexto también vemos lo político, económico, social, cultural y subjetivo. Y es que tú cuentas con una sensibilidad especial para lo artístico, como una cualidad estética para transmitir ese asunto. Y a pesar de que en la práctica hacemos esas intersecciones, continuamos percibiéndonos seccionados como por áreas. ¿Cómo es, como trabajadora social, exponer en el medio artístico, cuando estamos en los ámbitos interdisciplinarios y esas intersecciones no se ven con tanta claridad?, ¿cómo ha sido para las protagonistas de tus obras?

AL: Realmente emerger como artista no es fácil, y es que creo que es más difícil ser artista que trabajador social, y lo digo por las posibilidades y ofertas laborales. Yo he tratado de que prevalezcan las dos y combinarlas. Porque a veces el trabajo del artista es muy solitario, es decir, uno va y recoge información, pero luego debes ir a pintar solito o solita. Además, para pintar tú necesitas tiempo y descanso, entonces existen muchas tensiones. Y es que yo creo que me sano pintando y que las personas se pueden sanar pintando, por eso pienso que todos deberíamos tener nuestro libro gráfico. Podríamos, por ejemplo, a través de la fotografía, ver la belleza contenida en cada día. Creo que son posibilidades que podemos conectar con el trabajo social, es decir, trabajar con las emociones, con los sentimientos, con lo holístico. Y no es sino hasta que compartes eso con los otros y las otras que realmente se vuelve potente. Y esas posibilidades nos permiten salirnos de esos abordajes que a veces son muy cerrados, propios de otras profesiones. Creo que son actos revolucionarios... la cotidianidad es en sí misma un acto revolucionario.

DC: ¿Cómo reciben tus obras las audiencias y sus protagonistas?, ¿cómo es esa relación?, ¿qué análisis haces?

AL: La gran mayoría de mi audiencia está conformada por mujeres, aunque existen algunos hombres que se me han colado en la iconografía y la representación, y cuando los pinto, los pinto muy femeninos. Y es que mi vida ha estado llena de mujeres; he estudiado con mujeres, he formado parte de movimientos sociales de mujeres, en estudios cul-

turales en Los Andes éramos más mujeres, mi trabajo [se ha dado] en la Secretaría de la Mujer; entonces siempre una buena parte de mi vida ha girado en torno a las mujeres y pues los artistas pintamos lo que vemos. Aunque últimamente me he dado cuenta de que a muchos hombres mayores les gusta mis obras y eso me impresionó, porque estaban muy felices. Y en la exposición de “Cotidiana”, por idea de mi curadora de arte, la presentamos en horizontal, sobre mesas, para ir todos a la mesa, y se colocó un vidrio encima para que pudieran interactuar con las obras sin dañar la acuarela.

[313]

DC: Que interesante lo que dices, porque, a pesar de que está dirigida a las mujeres, existe algo de lo sensible que toca ahí a los hombres. Y sería muy interesante conversar con ellos. Y es que nosotras creemos que allí se tocan afectos, independientemente del género. ¿Cómo ves estos abordajes éticos y estéticos –éticos en el sentido de que existe una intención de ofrecer una mirada sobre los problemas–, como modo de articular lo sensible artístico con las técnicas de abordaje específicas que empleas?, ¿cómo es que esos abordajes aportan nuevas miradas y perspectivas?

AL: Yo creo que, por ejemplo, para el trabajo con las víctimas es muy potente, porque en este país los trabajadores sociales estamos con aquellos que no tienen voz o tienen voces intermitentes, invisibles, o son los nadie, o voces subalternas. Es decir, los trabajadores sociales damos voz a muchas personas y también hacemos las veces de negociadores entre lo público y lo privado, entre lo institucional y lo político, ponemos las palabras técnicas en marcha. Creo que, mediante lo simbólico y lo político, dar voz es muy poderoso. Y yo me pregunto qué significaría poner todas las fotografías de todos los trabajadores sociales en una plaza Che Guevara, qué nos diría eso. La lista no es solo la lista. Te pueden ofrecer diferentes categorías de análisis, pero si tú lo ves nada más como una lista, pues ahí se queda. Pero si yo le pongo el enfoque de género, diferencial, poblacional, el enfoque interseccional, le pongo el enfoque de derechos, eso me permite ver otras cosas que no he reflexionado. Es decir, en lugar de pensar en campos específicos y cerrados, [se requiere] poder

[314]

abrirnos a esas posibilidades y establecer diálogos más interdisciplinarios en la academia, y sería muy interesante potenciarlos desde adentro. Y es que a veces nos ponen como los obreros de todo este sistema y eso también hace falta cuestionarlo. ¿Por qué no estamos en posiciones de poder?, ¿por qué no construimos desde otros lugares?, ¿por qué no creemos en nuestra propia voz, en nuestras propias convicciones? Y es que nuestra carrera es de muy larga data, tenemos mucho que contar. Y eso lo podemos conjugar en el arte con trabajo social y eliminar fronteras.

DC: Sí, y es que también estaba pensando en cómo articulas lo estético en tus trabajos y la pintura. Digamos, hay como una representación de las situaciones y de cómo representamos una realidad, como lo que hiciste en la exposición con la mesa. Y es que esa exposición es una metáfora de lo cotidiano, y todos esos planteamientos me parecen superpotentes. Y en la profesión ha sido muy importante lo narrativo, pues el lenguaje ha sido nuestro principal instrumento, algo fundamental de nuestro quehacer, además de la observación. Y resulta interesante que en la pintura tú convocas una mirada, pero se trata de una mirada sensible, que es un poco como lo que se ha visto en la investigación, algo así como el observador participante. Pero la apuesta que haces con el arte es una mirada que convoca lo sensible, y eso me parece innovador en términos de perspectiva para la profesión.

En este punto, podemos conversar sobre la articulación de tus obras y lo que ello ha implicado en los escenarios académicos. Digamos, más allá de las salas de exposición, ¿qué ha pasado y, si no ha pasado, por qué crees que no ha pasado? Además de toda esta parte de la circulación de tus obras.

AL: Realmente no han circulado en espacios académicos, sino, más bien, en espacios comunitarios que he gestionado, espacios de arte a los que me han convocado. La gestión es una herramienta que he obtenido del trabajo social, porque una también es una gestora, una tiene que ir a buscar el recurso, una tiene que movilizar y mover las cosas, para que sucedan. Y muchas amigas artistas me han dicho... pero tú has expuesto

mucho más que nosotras... ¡Y claro!, todo ello se debe a que sé formular un proyecto, sé hacer muchas cosas que he aprendido de mi profesión. Pero, realmente, en los espacios académicos no, porque esos espacios están diseñados para que los trabajadores sociales sean trabajadores sociales y ya, y creo que mi perfil profesional le pone el plus cuando digo que soy artista. Y es que yo creo que hace falta ir más allá del lenguaje, porque él no lo contiene todo. Entonces no nos podemos quedar solamente con las palabras. Pero también el sentir con mi cuerpo, porque el cuerpo también es un canal de información. Y todo ello te ubica en otro lugar de enunciación.

[315]

DC: A propósito de lo que mencionas, creemos que la pandemia también nos permitió ver la importancia del cuerpo y las sensaciones, por ejemplo, cuando perdíamos el olfato o el gusto, e incluso cuando el contacto físico se encontraba tan restringido.

AL: Y ahí nos dimos cuenta de que el arte nos dignifica y nos permite estar aquí, es decir, poner las emociones en el centro y entender que no solo somos lo que sabemos y escribimos, y ese hecho es revolucionario, y es que las emociones transforman realidades. Entonces creo que todas estas reflexiones son vitales para los trabajadores sociales, es decir, cómo nos reconectamos con otras formas de trabajar, cómo nos permitimos pensarnos lo impensado. Por ejemplo, la investigación basada en las artes (IBA) es algo muy innovador, y cuando descubro este enfoque, veo una gran posibilidad, y ahí es donde digo que podemos alimentar lo que hacemos, porque es transformador. Porque a veces hace falta disponer de múltiples repertorios con las personas a través de las evocaciones, hace falta ponerlas en otros escenarios y otros lugares. Y es que también hace falta pensarnos considerando otros lugares y conectarlo con otras disciplinas, para abrir otros caminos y posibilidades que alimenten nuestra labor como trabajadores sociales. Y creo que eso nos da mayores posibilidades y tiene bastante que ver con la migración, con el intercambio, con lo intercultural; si nos cerramos, no nos expandimos; si nos integramos, nos expandimos y nos diversificamos. Entonces se trata de tener mayores aperturas, para tener mayores posibilidades.

DC: Entonces, en términos gremiales y académicos, ¿cómo ha sido tu diálogo con los trabajadores sociales?, ¿y cómo ves ese diálogo de manera integral?

[316]

AL: Pues yo siento que los trabajadores sociales estamos muy involucrados haciendo nuestra labor y eso nos impide mirar a otros lugares o hacer otras cosas que nos permitan potenciar nuestra profesión. Y esos casos gremiales han sido nulos, porque son muy pocos los trabajadores sociales que han visto mi obra. Es precisamente por esa disposición de esos andamiajes tan cerrados, tanto en el trabajo social como en las artes, que no es algo que se combine con tanta facilidad. Porque si yo no hubiera sido trabajadora social no hubiera podido alimentar lo que soy como artista, y es por eso por lo que le agradezco profundamente a mi profesión. Por ello creo que le falta mucho a nuestro gremio y es que desde allí podríamos hacer actos realmente revolucionarios, pues, para mí, la revolución tiene que ver con los cambios y la transformación desde adentro –o cómo hacemos política desde la cotidianidad–, [cambios] que revolucionan la vida de las personas, o nuestra acción con conciencia y reflexión, es decir, hacer las cosas con convicción, avivar a los trabajadores sociales para que continúen con su labor.

DC: Respecto de esta interacción entre el performance, el trabajo social y lo sensorial, nos encontramos en un momento en el que la profesión está entrando a eso por múltiples caminos, pero sin la reflexión consciente. Además, también vemos que otros trabajadores sociales también se encuentran trabajando bastante con la música, algunos con la danza. Y es evidente la participación de varias disciplinas artísticas dentro de las dinámicas del trabajo, por eso nos parece importante empezar a hacer evidentes todos estos cambios.

AL: Sí, estaba pensando en lo que tú decías y me preguntaba cómo sería desarrollar una semana del trabajo social a través del performance. No hacerlo en un auditorio cuadrículado, sino escuchar las voces en la calle, en círculos de la palabra, es decir, pensarnos en lugares no convencionales, como la calle, escuchando al tendero, yendo a la plaza de mercado y/o en las visitas domiciliarias.

DC: Ya para cerrar, no sé si quieres agregar algo más, que consideras importante recuperar de lo que hemos hablado.

AL: La verdad, no supe cómo contestar las dos últimas preguntas, porque no estaba muy segura de cómo contestar lo de los gremios, porque no ha estado en mi vida, pero tampoco quería invisibilizar esa labor que hacen los gremios con las uñas, pues no es fácil estar allá y construir posibilidades para todas las y los trabajadores sociales. Además, agradecerte por invitarme a reflexionar, debatir y discutir estos temas.

[317]

Maira Judith Contreras Santos

Delma Constanza Millán Echeverría

